

# La historia como concepto histórico: historia erudita, historia filosófica e historia científica en los siglos XVIII y XIX

PEDRO RUIZ TORRES  
*Universidad de Valencia*

RESUMEN.—El objeto de este trabajo es estudiar la formación del concepto moderno de historia a partir de lo que hemos denominado la historia erudita, la historia filosófica y la historia científica. Asimismo, la génesis de este concepto ilumina algunos aspectos cruciales de la crisis epistemológica que atraviesa la historiografía de este fin de siglo.

ABSTRACT.—This article discusses the building up of the modern concept of History through the developing of the three initial and different ways of understanding it that I have denominated «Erudit History», «Philosophical History» and «Scientific History». The analysis of the genesis of the concept, considered in this form, can illuminate some crucial aspects of the recent epistemological debate about the function and status of History in this fin de siècle.

## 1. INTRODUCCIÓN

Los historiadores han empezado a pensar en la historia de un modo que se diferencia cada vez más del concepto que surgió en los siglos XVIII y XIX. En la mayoría de las reflexiones actuales se indica que la «ciencia histórica» está en crisis. Pero no sabemos muy bien qué concepto de historia es el que ha entrado en crisis. Muchos historiadores lo identifican de un modo restrictivo con un tipo reciente de «historia científica» que habría alcanzado su máximo reconocimiento en los años sesenta. A partir de la década siguiente, habría habido un cambio radical de intereses en la historiografía. En vez de dirigirse hacia lo mensurable, las investigaciones de los historiadores preferirían averiguar qué es lo que siente la gente, cómo se representa el mundo, qué pasa en sus cabezas. Debido a ello, la «nueva historia» de las mentalidades, la historia cultural, la historia intelectual o la microhistoria se inclinan por la vuelta al relato, en vez de por el método analítico de la ciencia. La narración sería entonces el mejor método de componer retratos culturales y la alternativa a una «historia científica» cada vez menos interesante<sup>1</sup>.

1. El argumento completo en el conocido artículo de L. Stone «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», publicado en el número 85 de la revista *Past and Present*, noviembre 1979 (hay traducción castellana en la revista *Debats*, núm. 4, 1980) y reproducido en *El pasado y el presente*, México, F.C.E., 1986.

Pero la narrativa, como sabemos, es más una forma de hablar sobre los acontecimientos que una forma de representarlos<sup>2</sup>. Se encuentra en todo tipo de historiografía y también, en consecuencia, en la «historia científica»<sup>3</sup>. Tiene una estructura y un orden de significación que narrativiza los hechos y cuando estos hechos son históricos, los historiadores suelen creer que su discurso es el «discurso de lo real». Si hay algo que se cuestiona actualmente es precisamente esa epistemología que entiende el discurso histórico, o el discurso científico en general, como una representación «objetiva» de lo real.

También la «historia científica» que está en crisis se suele identificar con la historiografía que aplica los resultados teóricos de unas ciencias sociales concebidas según el modelo positivista. De nuevo estamos ante un concepto de «historia científica» muy reciente, que tuvo su auge en los años cincuenta y sesenta. No cabe duda de que esta historia se practica cada vez menos hoy en día. Para empezar, la importancia dada a la subjetividad y el rebrote del individualismo metodológico han cambiado el concepto mismo de teoría en las ciencias sociales<sup>4</sup>. Pero, como señala acertadamente G. Levi, la producción historiográfica de la última década no sólo se ha alejado de la filosofía analítica. También lo ha hecho de la tradición neokantiana con su idea, derivada del historicismo, de que existe una distinción metodológica radical entre «ciencias de la naturaleza» y «ciencia del espíritu»<sup>5</sup>. Estamos, pues, inmersos en otro tipo de debate.

Por todo ello hemos de dar un contenido más amplio al concepto de historia, para que comprenda todos los elementos que han entrado en crisis: el positivismo, cierta clase de realismo y de empirismo, la dicotomía metodológica introducida por el historicismo etc. El objeto de este trabajo es mostrar cuáles fueron los componentes iniciales del concepto de historia que ahora parece que estamos abandonando. La crisis de la «historia científica» no es un problema que debemos únicamente relacionarlo con los cambios que se perciben en la investigación histórica. Estos cambios en las prácticas de los historiadores son ciertamente significativos, pero conviene situarlos en un plano epistemológico más amplio. El pensamiento de este fin de siglo ha puesto en cuestión el modelo de racionalidad que a partir de la Ilustración se identificó con el concepto clásico de ciencia. Es la crisis de este modelo de racionalidad y de su correspondiente concepto de ciencia lo que hace que la historiografía se aleje cada vez más de un concepto moderno como el de «historia científica». La filosofía actual ha historizado el concepto de ciencia y ha descubierto tipos distintos de racionalidad que no se correspondían con el modelo clásico. Para algunas corrientes de pensamiento, la hermenéutica, por ejemplo, como teoría de la interpretación, es un modelo más válido para el estudio de la conducta humana que el de las ciencias naturales<sup>6</sup>. Otros filósofos, por el contrario, no creen que exista un modelo único de conocimiento en uno u otro sentido. Para J. Habermas, las sociedades humanas existen en un entorno material y tienen un intercambio con la naturaleza que

2. H. WHITE: «El valor de la narrativa en la representación de la realidad», en *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 18.

3. P. RICOEUR: *Tiempo y narración*, t. 1, *Configuración del tiempo histórico*, Segunda parte, Salamanca, Cristiandad, 1987.

4. G. GIOZZINI: «Dentro la 'scatola nera': individualismo metodológico e razionalità», *Meridiana*, núm. 10 (septiembre 1990), pp. 183-210.

5. G. LEVI: «Herméneutique et rationalité», en AA.VV., *Philosophie et histoire*, Paris, Centre Georges Pompidou, 1987, p. 67.

6. H. G. GADAMER: *Verdad y método*, 2 vols., Salamanca, Ed. Sígueme, 1991-1992.

promueve el interés positivista por la predicción y el control de los acontecimientos. Pero toda sociedad implica también una «interacción simbólica» y la comunicación mutua entre sus miembros crea un interés hermenéutico por la comprensión del significado<sup>7</sup>. Ni uno ni otro interés, sin embargo, pueden pretender en exclusiva dar cuenta de toda la actividad humana. Un tercer tipo de interés constitutivo del conocimiento vendría a añadirse a los dos anteriores. Es el interés de la emancipación frente a la dominación de la naturaleza sobre la vida humana o la de unos individuos o grupos sobre otros. Esta preocupación por la emancipación de los seres humanos de todo sistema de dominación da origen a la «teoría crítica»<sup>8</sup>. En el campo de la metaciencia, el discurso narrativista ha sustituido a la producción de teorías científicas como objeto principal de las reflexiones de los filósofos. El problema del tiempo, de la irreversibilidad del tiempo, ha modificado los supuestos tradicionales de las «ciencias experimentales», que ahora se ven obligadas a acercarse a las «ciencias narrativas»<sup>9</sup>. Todos los grandes relatos, a su vez, han sido identificados por Foucault con formas de poder que deberían ser contrapesadas mediante la reactivación de los saberes locales<sup>10</sup>.

En este contexto completamente nuevo no es extraño que los estudios históricos de los últimos decenios, como señala Paolo Macry, no configuren ningún paradigma historiográfico. No existe actualmente nada parecido al dominio ejercido por la escuela histórica alemana del siglo XIX o por los *Annales*. «Fra grandi modelli e proposte microanalitiche, diagrammi e indizi, suggestioni antropologiche e analisi socio-economiche, il quadro appare incerto, poco definito, *pre-paradigmatico*»<sup>11</sup>. En mi opinión, detrás de la ausencia de un paradigma historiográfico dominante lo que se manifiesta es una crisis muy profunda que afecta a un cierto concepto de historia.

Del mismo modo que ahora ocurre, la formación del concepto moderno de historia no puede relacionarse sólo con el surgimiento de una nueva ciencia a partir de la vieja práctica erudita. Se encuentra también unido a las ideas que expusieron los «nuevos filósofos» sobre la historia. El concepto de «historia científica» tomó mucho de la erudición y de la filosofía, pero a la vez se convirtió en algo diferente. Para captar todo el proceso hay que combinar dos tipos de enfoques que normalmente suelen ir separados. Los historiadores son alérgicos a la filosofía en la misma medida en que aún identifican su disciplina con una «ciencia» en contraposición a la filosofía de la historia, que consideran despectivamente como una «metafísica». Pero estas distinciones entre «ciencia» y «metafísica» no tienen sentido en el nuevo pensamiento de este fin de siglo. Los filóso-

7. A. GIDDENS: «J. Habermas», en Q. SKINNER, *El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas*, Madrid, Alianza, 1988, p. 123.

8. Las ideas anteriores, expuestas por Habermas en su libro *Conocimiento e interés* (1968), Madrid, Taurus, 1982, y en *La lógica de las ciencias sociales* (1971), Madrid, Tecnos, 1988, tuvieron su corolario en la afirmación, hecha en *La reconstrucción del materialismo histórico* (1976), Madrid, Taurus, 1992, de que «todavía no tenemos teorías que expliquen la evolución social o que la conceptualicen de modo adecuado». «Será imposible evitar la aparición del eclecticismo mientras no se haya elaborado una teoría compleja y de suficiente poder explicativo» (p. 117).

9. I. PRIGOGINE e I. STENGERS, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid, Alianza, 1990, 2ª ed. revisada.

10. M. FOUCAULT: *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta, 1992, pp. 24-25.

11. P. MACRY: *La società contemporanea. Una introduzione storica*, Bologna, Il Mulino, 1992, pp. 54-55.

fos, por su parte, prefieren reflexionar de un modo abstracto sobre el concepto de historia, pero olvidan que, además de conceptos, hay prácticas metodológicas que acabaron por definir lo que, a partir de un cierto momento, se entendió como «historia científica». Puesto que ese concepto es un concepto histórico, hemos de verlo como el producto de unas ideas y de unas prácticas intelectuales que surgieron en una época y en una sociedad determinadas. Si estas ideas y estas prácticas han empezado a transformarse en las dos últimas décadas es, en el fondo, porque el contexto sociocultural en que se ubican también ha comenzado a modificarse.

La reflexión que sigue a continuación no tiene demasiadas pretensiones. La invitación a participar en el Seminario «Erudición y discurso histórico», organizado por el Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad de Valencia a finales del pasado año, me obligó a un primer análisis. El texto de entonces, que aparecerá publicado en las actas de dicho Seminario, fue posteriormente modificado con el fin de poderlo discutir con profesores del Departamento de Filosofía y con alumnos de tercer ciclo que participaban en el Seminario «Historia y Narración». Han sido las críticas y los comentarios, especialmente de los filósofos<sup>12</sup>, los que me han llevado a revisar a fondo la primera redacción, a quitar y añadir cosas y, finalmente, a cambiar el título. Pero el trabajo sólo está en sus comienzos. Ni siquiera la nueva versión ha podido subsanar las objeciones más importante que se me hicieron. Ello requeriría profundizar mucho más en el tema.

## 2. LA MODERNIDAD Y LA HISTORIA

La *idea medieval* del mundo, como nos dice José Gaos<sup>13</sup>, se manifestó en tres grandes clases de expresiones: una artística (la Catedral de Chartres), otra «científica» (La Suma Teológica de Santo Tomás) y la tercera literaria (la Divina Comedia de Dante). No era una idea estática, sino histórica, al tiempo que teocéntrica y teocrática, en la que el plan divino se mostraba a los ojos de los hombres convenientemente ilustrado. Ya entonces la historia cumplía un papel esencial en la pedagogía eclesiástica. Ese papel se fue haciendo cada vez más técnico y profesional a medida que hubo que legitimar históricamente las diversas clases de poder político existentes. Todos estos poderes –el de la Iglesia, el de la nobleza señorial, el del patriciado de las ciudades, el de la monarquía– eran al principio compatibles con la idea medieval del mundo. Pero pugnaban unos con otros por imponerse. Su desarrollo, como es lógico, influyó enormemente en la práctica historiográfica.

En los orígenes del mundo moderno, el primer tipo de racionalismo hizo a la historia más documentada y crítica. En 1681 Mabillon publicó su *De Re Diplomatica*, que marca un hito en la constitución de una historia erudita y metódica, basada sobre todo en la

12. El profesor Sergio Sevilla contestó con una intervención por escrito que me resultó muy clarificadora. Agradezco también las observaciones críticas que hicieron en ese Seminario los profesores Manuel Jiménez, Guillermo Quintás y Neus Campillo, así como la lectura del primer texto que realizaron J. Millán, Isabel Burdiel y M<sup>a</sup>. Cruz Romeo.

13. J. GAOS: *Historia de nuestra idea del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (1<sup>a</sup> reimpresión).

crítica externa de los documentos<sup>14</sup>. Por entonces la vieja pedagogía eclesiástica no podía contentarse con la repetición de las antiguas fábulas, puesto que se proponía recuperar la «verdad» del pasado a través de la crítica de los documentos. Esa crítica racionalista, sin embargo, todavía era compatible con la concepción religiosa del mundo. La crítica histórica debía proporcionar una historia eclesiástica creíble, depurada de fábulas y de falsos cricones<sup>15</sup>. Su objetivo era reforzar la concepción providencialista que encuentra su máxima expresión en la historia de Bossuet a fines del siglo XVII. La historia erudita y la filosofía providencialista de la historia se encontraban estrechamente unidas a la historia eclesiástica.

La *idea de modernidad*, como conciencia de estar en una nueva época, tenía por fuerza que cambiar radicalmente el modo de concebir la historia. De hecho así fue. Por una parte la valoración hasta entonces positiva de la tradición y de lo antiguo sería sustituida por el «discurso filosófico de la modernidad», que apuntaba en un sentido completamente opuesto. En el siglo XVIII se entendió la «nova aetas» como el concepto profano de época moderna o *Neuzeit*, y no como el despuntar apocalíptico del último día del juicio final. En torno a 1800 la «época moderna» no sólo designaba los tres últimos siglos transcurridos hasta entonces, a partir del descubrimiento del «Nuevo Mundo», el Renacimiento y la Reforma, sino que expresaba por primera vez la convicción de que se estaba en una nueva época de nacimiento y de tránsito hacia un nuevo mundo. El mundo moderno se distinguía del antiguo en que se encontraba abierto al futuro. El artista se desgajaba de la tradición, que ya no le ofrecía ejemplos a imitar o direcciones a seguir. La conciencia del presente se convertía en la principal fuente de inspiración y de creatividad<sup>16</sup>. En este nuevo horizonte, la actualidad pasó a ocupar un lugar prominente<sup>17</sup>. Por eso la nueva reflexión filosófica se centró en la actualidad de un presente transitorio. Así lo planteó Kant en *Was ist Aufklärung?*<sup>18</sup>. Todo ello puso a la filosofía «ante la tarea de aprehender su tiempo –y para Hegel ese tiempo es la Edad Moderna– en conceptos»<sup>19</sup>.

Desde la nueva reflexión centrada en la modernidad, la historia de los filósofos se contrapuso a la historia erudita eclesiástica. Para Voltaire, como para Kant, se trataba de una «historia profana» que tomaba como modelo la idea clásica. De manera formalmente similar a como la concebían los griegos, su «historia filosófica» se inclinaba hacia una narración escrita de cierta clase de acciones humanas que afectaban a un gran número de personas. Igual que en *Los nueve libros de la Historia* de Herodoto, la historia era un género literario que se distinguía de la ficción porque proporcionaba un conocimiento obtenido como resultado de una búsqueda, de una investigación, en base a testimonios o pruebas de lo que había ocurrido<sup>20</sup>. También como en el mundo clásico, la historia de los filósofos no era la de los hechos particulares o locales, no era la «arqueología» que se

14. G. BOURDÉ y H. MARTIN: *Les écoles historiques*, Paris, Ed. du Seuil, 1983, pp. 83-113.

15. A. MESTRE: «Conciencia histórica e historiografía», en *La época de la Ilustración*, vol. I, *El Estado y la cultura (1759-1808)*, t. XXXI de la Historia de España de Menéndez Pidal, Madrid, Espasa Calpe, 1987, pp. 299-345.

16. M. CALINESCU: *Cinco caras de la modernidad*, Madrid, Tecnos, 1991, p. 15.

17. J. HABERMAS: *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 15-17.

18. M. FOUCAULT: «¿Qué es la Ilustración?», en *Saber y verdad*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1991, pp. 197-199.

19. J. HABERMAS: *El discurso...* op. cit., p. 28.

20. Ph. BAGBY: *La cultura y la historia*, Madrid, Taurus, 1959, pp. 35-41.

preocupaba por el estudio de las «antigüedades»<sup>21</sup>. La historia estaba cerca de las bellas artes, según el modelo griego y romano, y lejos en consecuencia de la erudición de la historia eclesiástica.

Además de lo anterior, la conciencia del «tiempo moderno» condujo durante el siglo XVIII a una «historia universal». Esa «historia universal» llenó la nueva representación racionalista del tiempo y de la historia con los contenidos laicos de la *idea de progreso*. Semejante forma de concebir el proceso histórico continuaba siendo teleológica. Pero los agentes del progreso eran ahora la razón y la ilustración humanas, encarnadas en el absolutismo moderno (Voltaire), o en la nación-estado gobernada por el derecho (Hume) o en la sociedad comercial de la civilización europea (Smith, Turgot)<sup>22</sup>. A este nuevo discurso filosófico de la «historia universal» se le añadió el problema del método científico. Ciertamente sólo era posible aplicar este método si la naturaleza humana estaba gobernada por el mismo tipo de leyes del mundo físico, como pensaba Montesquieu; o si se aplicaba el método experimental newtoniano en el estudio de los asuntos humanos, como pretendía Hume. Pero Kant resumió magistralmente la propuesta de una *historia filosófica* que «al contemplar el juego de la libertad humana en bloque» descubre «un curso regular de la misma, de tal modo que cuanto se presenta como enmarañado e irregular ante los ojos de los sujetos individuales pudiera ser interpretado al nivel de la especie como una evolución progresiva y continua, aunque lenta, de sus disposiciones originales».

Lo que la «historia filosófica» de Kant se proponía encontrar era el hilo conductor que respondiera al plan de la Naturaleza:

«dejando en manos de la Naturaleza el engendrar al hombre que habrá de componerla más tarde sobre esa base; de la misma manera que produjo un Kepler, el cual sometió de forma inesperada las formas excéntricas de los planetas a leyes determinadas y, posteriormente, a un Newton que explicó mediante leyes una causa universal de la Naturaleza».

La cabeza de un filósofo muy versado en materia de historia, según Kant, podía intentar, desde un punto de vista distinto al de la «historia propiamente dicha», descubrir ese plan oculto que respondía a la *intención de la Naturaleza* y fijar un hilo conductor «a priori» que pusiese orden en la meritoria minuciosidad de los historiadores<sup>23</sup>. Para Hegel, tratar filosóficamente la historia no era dejarla tal como es —«la historia solo debe recoger puramente lo que es, lo que ha sido, los acontecimientos y actos»—, sino disponer este material con arreglo al pensamiento, «para lo cual había que *construir a priori una historia*»<sup>24</sup>.

Así, de este modo, una importante diferencia entre dos formas de saber histórico habían quedado establecidas en el nuevo discurso filosófico de y sobre la modernidad. Se trata de lo que W. H. Walsh llama, en otro contexto de discusión, las dos posibilidades

21. A. MOMIGLIANO: «Historia y biografía», en M. I. FINLEY, *El legado de Grecia. Una nueva valoración*, Barcelona, Crítica, 1983.

22. Me he referido a ello en *La época de la razón*, cap. I, «La conciencia del tiempo», t. 9 de la *Historia Universal Planeta* dirigida por J. Fontana, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 38-45.

23. I. KANT: *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Madrid, Tecnos, 1987, pp. 3-5.

24. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*

que se le ofrecen al historiador: la de que se limite a sí mismo a una descripción exacta de lo sucedido, con el fin de construir una narración pura de los acontecimientos pasados; o que vaya más allá de esa pura narración y pretenda no sólo decir lo que sucedió, sino también, de algún modo, explicarlo<sup>25</sup>. Ni que decir tiene que con Kant y con Hegel estamos aún lejos del debate que se planteó en el terreno de la filosofía analítica de la ciencia o en el de la «historia científica». A principios del siglo XIX la historia se movía aún en los límites de una tradición que la subordinaba a la teología y de una modernidad que la supeditaba al nuevo pensamiento de los filósofos. Lo que la «historia filosófica» de Kant y de Hegel reclamaban en exclusiva para sí era el punto de vista global y reflexivo que giraba en torno a una actualidad abierta al futuro, mientras que lo que se identificaba a fines del siglo XVIII y principios del XIX con la historia «propriadamente dicha» era un estudio minuciosamente empírico, que sólo producía un relato parcial de cierta clase de hechos ocurridos, dispuestos en el clásico orden narrativo.

Con la «historia filosófica» llegamos a las puertas de la «historia científica». La «historia filosófica» nos ha proporcionado: a) un concepto de historia profano, moderno y universal; b) dominado por un concepto de razón y una idea de progreso, en donde se sitúa un presente transitorio, cuya actualidad es lo más relevante; c) que apunta a un método científico capaz, como escribía Kant, de predecir el futuro y de ilustrar y encauzar la ambición de los jefes de Estado «hacia el único medio que les puede hacer conquistar un recuerdo glorioso en la posteridad»<sup>26</sup>. Esa historia se contrapone a la minuciosa erudición de la «historia propriadamente dicha», cuyo objeto de estudio era exclusivamente el pasado.

### 3. LA HISTORIA COMO DISCIPLINA CIENTÍFICA

La ilusión del discurso «positivista», que todavía está presente en gran parte de la obra de Kant, sufrió en la segunda mitad del siglo XIX el embate de la recién constituida «ciencia de la historia». La ilusión del discurso «positivista» había caracterizado la doctrina básica de la Ilustración francesa, como ha señalado Isaiah Berlin<sup>27</sup>. Esta doctrina creía haber hallado al fin un método universal para resolver los interrogantes fundamentales sobre los problemas morales, sociales, políticos y económicos de la humanidad. El método se basaba en la aplicación de las mismas normas racionales que habían proporcionado en el siglo anterior soluciones espectaculares en el campo de las matemáticas y de las ciencias naturales. Los avances científicos de los siglos XIX y XX acrecentarían la influencia de la doctrina positivista.

Pero a mediados del siglo XIX surgió una «ciencia de la historia» contrapuesta al discurso universal de los filósofos. Esta «ciencia de la historia» tuvo al principio tres características. Se constituía como «ciencia empírica» y por ello en el marco de la forma moderna de concebir la ciencia cuya preocupación fundamental era el problema del método. Se situaba en una corriente de pensamiento, el historicismo, que en su origen fue

25. W. H. WALSH: *Introducción a la Filosofía de la Historia*, México, Siglo XXI, 1968, p. 31.

26. KANT, op. cit., p. 23.

27. I. BERLIN: *El fuste torcido de la humanidad*, Barcelona, Península, 1992, p. 67.

una reacción al discurso de la modernidad surgido de la filosofía de la Ilustración. Se correspondía, en cierto modo, con la otra cara de una modernidad transformada por la Revolución.

El historicismo se sustentaba en una concepción de la naturaleza humana irreductible a un principio universal, lo que impedía que ese principio pudiera ser captado de un modo uniforme. «¿Cómo imponer al material de las acciones humanas –señala Eduardo Nicol– un principio uniforme, cuando estas mismas acciones sólo pueden comprenderse en función de las diferencias biológicas y psicológicas que aparecen entre los hombres?»<sup>28</sup>. A ello se añadía, como había apuntado Juan Bautista Vico a principios del siglo XVIII, que las leyes del mundo de la naturaleza no eran las mismas que las de la sociedad humana, puesto «que el mundo de las naciones fue ciertamente hecho por los hombres... y sus principios deberán ser hallados en la naturaleza de nuestra mente humana»<sup>29</sup>. Tampoco la concepción del tiempo del historicismo coincidía con la idea ilustrada de progreso.

La «ciencia de la historia», como disciplina autónoma, se situó en dicha corriente antiilustrada de pensamiento y se definió metodológicamente, por tanto, como una «ciencia de lo particular». Podría, en efecto, pensarse que esta metodología individualizadora, como señala J. José Carreras, se encontraba «al servicio de los poderes históricamente legitimados, prestando su ayuda contra la razón burguesa»<sup>30</sup>. Pero el enemigo, en realidad, no era tanto la razón burguesa como la pretensión de universalidad que había tomado forma política con la Revolución francesa. El discurso filosófico de la Ilustración, que confiaba en la existencia de un plan de la naturaleza que conduciría a un estado verdaderamente ilustrado, racional y cosmopolita, confiaba a finales del siglo XVIII en haber encontrado signos precursores de una nueva época. Pero la nueva era de las revoluciones burguesas no conducía a estado cosmopolita alguno. Lo que surgían eran nuevos entes históricos –los estados nacionales– que pugnaban por defender sus particularismos respectivos. Un contexto político tan diferente del de la Ilustración propiciaba otro tipo de reflexión histórica, puesto que el objeto de la historia eran las trayectorias políticas singulares con orígenes históricos muy remotos.

Con este objeto, la «ciencia de la historia» se apoyó en la tradición erudita de estudio del pasado a través de los documentos antiguos, una tradición poco apreciada por los filósofos. La «ciencia de la historia» ponía el mismo énfasis que la historia erudita en el documento y en la crítica de las fuentes. Pero la gran novedad era ahora que ese tipo historia, dirigido al estudio del pasado –y distinto, en consecuencia, de la reflexión filosófica sobre el presente–, no era una historia eclesiástica. La nueva «ciencia de la historia» no se subordinaba a una institución antigua y a una teología. La técnica erudita se integraba en un espacio intelectual moderno, dominado por dos realidades completamente nuevas: la ciencia, con su ideal de «objetividad empírica» y de «neutralidad ideológica», y las nuevas instituciones creadas a la sombra de la nación-estado.

28. E. NICOL: *Historicismo y existencialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 3ª ed., p. 65.

29. J. B. VICO: *Scienza nuova* (1725, revisada en 1744), libro I, cap. XI.

30. J. J. CARRERAS: «El historicismo alemán», en VV.AA., *Estudios sobre Historia de España* (Homenaje a Tuñón de Lara), Madrid, UIMP, 1981, t. 2, pp. 627-641, la cita en p. 629.

Una «ciencia de lo particular» negaba la posibilidad de que la razón humana fuera capaz de descubrir el plan universal que nos ayudaría a predecir el futuro, como pensaban los filósofos. Ranke era antiguo al afirmar, contrariamente a los pensadores de la Ilustración, que esto era un asunto exclusivamente de Dios y de la teología. A cambio, al considerar que tan alta pretensión era imposible para la razón humana, la «ciencia de la historia» competía con la filosofía e invertía la relación de inferioridad que había establecido el discurso ilustrado. Desde el momento en que la historia alcanzaba el estatus epistemológico moderno de ciencia, la filosofía de la historia pasaba a ser especulación metafísica sin fundamento empírico. La historia, por el contrario, se convertía en una profesión intelectual que disponía de un «método científico». La historia no era una filosofía, ni tampoco una técnica erudita o un género literario. La historia era una *disciplina científica*.

Esta nueva ciencia, la «ciencia de la historia», se organizó y se institucionalizó como tal en el marco de los nuevos estados nacionales que, al igual que habían hecho antiguamente los poderes del antiguo régimen, instrumentalizaron el saber histórico en provecho propio. Así surgieron las respectivas historias nacionales y las escuelas históricas que articularon el paradigma de una nueva «ciencia de la historia». Ahora la historia disponía de un método y había pasado a manos de «auténticos profesionales». Hubo grandes diferencias en la profesionalización de la historia, según los países. En Alemania el prestigio de la historia académica se asentó en las universidades, que quedaron protegidas por el estado. Por el contrario, la filosofía de la reflexión sobre el mundo moderno, que había culminado en la dialéctica de Hegel, se tornó cada vez más crítica de la mano de los jóvenes hegelianos, también en lo relativo al problema del estado. En Francia la historia se institucionalizó como saber científico y reclamó la herencia de la erudición crítica de finales del siglo XVII, pero no se apartó en muchos casos del ideal positivista de una historia de la civilización a lo Voltaire. Fue durante la Tercera República cuando el estado promovió la instrucción pública y reforzó el cuerpo de profesores de historia. Tanto en Alemania y en Francia, como en España, el archivero cumplió una función importante en la profesionalización de la historia. Le disputó el terreno de la historia «al erudito diletante, al eclesiástico, al noble»<sup>31</sup>. Pero en nuestro caso el archivero no quedó subordinado a una élite universitaria, como ocurrió en Francia con las viejas «sociétés savantes», sino que durante mucho tiempo fue el núcleo principal de la profesionalización historiográfica.

Con sus diferentes trayectorias nacionales, la historia, concebida en la segunda mitad del siglo XIX como una ciencia, era algo moderno y distinto, tanto de la historia erudita tradicional, como de la historia que pensaron los filósofos. Por una parte la modernidad determinaba de otro modo la elección de los contenidos, de manera que la singularidad del estado nacional sustituía al plan oculto de la razón universal. La escuela histórica alemana de Ranke, y a partir de ahí toda una nueva forma de concebir la historia, puso a la erudición al servicio de una nueva «síntesis superior», que era la historia general de las naciones-estado. Pero además de ello, la historiografía académica entendía el método

31. I. PEIRÓ y G. PASAMAR: «La vía española hacia la profesionalización historiográfica», *Studium. Geografía. Historia. Arte. Filosofía*, Colegio Universitario de Teruel, Universidad de Zaragoza, 3, 1991, pp. 136-137.

científico como un método empírico aplicado al estudio de fenómenos humanos que exigía evitar rigurosamente las consideraciones de tipo normativo. Por esta razón se estableció una distinción radical entre conocimiento empírico y juicios de valor. Como señala Thomas McCarthy, semejante distinción iba de la mano del ascenso de la ciencia moderna y rompía con la idea de la Ilustración, propia del siglo XVIII, de que la razón era una guía para la práctica<sup>32</sup>. Representaba una ruptura muy importante, y de enormes consecuencias, entre el pensamiento de las Luces y la hegemonía del «espíritu positivo» de la ciencia, que se conseguiría en el siglo XIX

En el caso de la historia ya había quedado claramente expuesta esta concepción objetivista de la ciencia en la famosa introducción de Ranke a la *Historia de los pueblos latinos y germánicos*, tan mal interpretada, como señala Juan José Carreras:

«Se ha dicho que la historia tiene por misión ejuciar al pasado e instruir al presente en beneficio del futuro. Misión ambiciosa, en verdad, que este ensayo nuestro no se arroga. Nuestra pretensión, es más modesta: tratamos, simplemente, de exponer cómo ocurrieron, en realidad, las cosas».

La historia no era concebida como una técnica o como un saber práctico para la fundamentación de una teología o de una filosofía crítica. Se trataba de una «ciencia empírica» como las demás. Pero la historia, con todo, seguía conservando un rasgo que le daba ciertamente el carácter de una ciencia muy especial. Se definía como una «ciencia de lo particular». Es decir, proporcionaba, de un lado, una pretensión de objetividad científica, pero del otro se diferenciaba de las ciencias de la naturaleza. Y la razón que estaba en el fondo de esa diferencia derivaba de la peculiaridad del objeto de estudio que le era propio. Su objeto era tan irregular e impredecible como los seres humanos que lo estudiaban, no en vano, como había escrito Vico, ambos eran una misma cosa. Si los hombres no podían recurrir a explicaciones científicas mediante leyes universales, dado el supuesto de que estas leyes escapaban al entendimiento humano, los historiadores podían a cambio defender el carácter científico de su disciplina de otro modo. Tenían un objeto empírico, los documentos, y disponían de un «método objetivo» con el que averiguar «cómo ocurrieron de verdad las cosas». En consecuencia, el problema de la historia convertida en ciencia quedaba reducido al del método: a retomar y a perfeccionar –al principio– el método erudito que de una manera ordenada y sistemática buscaba, encontraba, clasificaba y ponía a disposición de los investigadores, hasta llegar a la más cuidadosa edición crítica, el material empírico de esa nueva ciencia: los documentos. Luego, ese material empírico sería a su vez metódica y críticamente analizado con el fin de obtener la «información verídica» que permitiera la reconstrucción, mediante la oportuna síntesis, de aquello que «ocurrió realmente».

Semejante empirismo de los documentos y semejante neutralidad del método se convirtieron en el fundamento de una historia concebida como ciencia, un fundamento epistemológico que era compartido por la historiografía de las más diversas escuelas nacionales. A partir de entonces nadie será capaz de poner en duda, al menos en el seno de la nueva

32. T. MCCARTHY, en su libro *La Teoría Crítica de Jürgen Habermas*, Madrid, Tecnos, 1987, pp. 22-25 pone de manifiesto esta característica esencial del positivismo, que se aparta en ese sentido de la idea de una Ilustración concebida como práctica y que reaparece a la hora de fundamentar en la objetividad empírica una nueva «ciencia de la historia».

disciplina, que «la historia se hace con documentos». Así lo afirmaron Langlois y Seignobos en su *Introducción a los estudios históricos*, a fines del siglo XIX.

El empirismo histórico, sin embargo, encontró muy pronto un gran rival en el positivismo sociológico, que le reprochó a la historia haberse convertido en un saber erudito, preocupado tan sólo por recoger documentos, editarlos y analizarlos con un método que no era propiamente el de la ciencia. Porque la ciencia, había escrito Auguste Comte en 1844, en el *Discurso sobre el método positivo*, no debía confundirse:

«con esa vana erudición que acumula hechos maquinalmente sin aspirar a deducirlos unos de otros... Así el verdadero espíritu positivo consiste, ante todo, en ver para prever, en estudiar lo que es a fin de concluir de ello lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales».

Poco antes de estas líneas, Comte también había considerado que: «En las leyes de los fenómenos es en lo que consiste, realmente, la ciencia, a la cual los hechos propiamente dichos, por exactos y numerosos que puedan ser, nunca procuran otra cosa que materiales indispensables»<sup>33</sup>.

Puede decirse que toda la trayectoria posterior de la historiografía, con el más o menos fructífero diálogo de la historia con las ciencias sociales que planteó la *Revue de Synthèse Historique* (1900-1930) de Henri Berr y que culminó en la escuela de *Annales*<sup>34</sup>, giró en torno a la tensión entre estos dos polos. O la transformación de la historia en una ciencia social, como el mejor modo de ir más allá del saber erudito –despectivamente considerado desde el positivismo como un saber precientífico–; o el mantenimiento de la especificidad de la historia como disciplina autónoma, que debía fundamentarse en el método tradicional de la búsqueda y del análisis crítico de los documentos. Tensión no resuelta, que en el caso de los fundadores de los *Annales* condujo a un equilibrio inestable entre el diálogo con las ciencias sociales, que se consideraba imprescindible, y la reivindicación del «oficio de historiador» con personalidad metodológica propia. Para más tarde, tras la Segunda Guerra Mundial, agravarse con la claudicación de cierto tipo de historiografía ante el empuje metodológico de las nuevas ciencias sociales y la reacción radical en contra de ello.

#### 4. LA HISTORIA COMO REPRESENTACIÓN

Pero el empirismo erudito, que Ranke quería introducir como núcleo metodológico de una historia concebida como ciencia, no fue únicamente cuestionado por el positivismo. El positivismo mantuvo la aspiración de los filósofos de extender la razón universal a los objetos humanos. Esa aspiración hundía sus raíces en la revolución científica inglesa del siglo XVII y en la doctrina básica de la Ilustración francesa. Ahora, en el siglo XIX, «la razón universal» se proponía dar cuenta de los objetos humanos con el nombre mucho más prestigioso de «ciencia social», ciencia empírica y por ello «objetiva», en

33. A. COMPTE: *Discurso sobre el método positivo*, Madrid, Alianza, 1980, pp. 31-32.

34. Sobre lo primero ver B. ARCANGELI y M. PLATANIA: *Metodo storico e scienze sociali. La Revue de Synthèse Historique (1900-1930)*, Roma, Bulzoni Editore, 1981.

vez de con el de filosofía. El choque entre la razón universal, filosófico-crítica o científico-positivista, y la historia como ciencia de lo particular tenía forzosamente que producirse. Pero la crítica que permitía ir más allá de los métodos propios del saber erudito, perfeccionados por Ranke y la escuela histórica alemana, no sólo procedía del positivismo sino también del propio historicismo. En este sentido la hizo Johann Gustav Droysen, muy especialmente en su *Historik* (la primera versión manuscrita es de 1857-58 y la última versión publicada de 1882), como recientemente ha puesto de relieve Hayden White. Droysen rompió con lo que sería posible llamar, siguiendo a Alan F. Chalmers<sup>35</sup>, el «inductivismo ingenuo» de la ciencia del siglo XIX, y percibió a cambio, en palabras de H. White: «la función constructivista y esencialmente práctica de la reflexión histórica en una época que era tan sospechosa de la filosofía como de la teología en cuanto posible reina de las ciencias».

La importancia de la propuesta metodológica de Droysen se relaciona con el descubrimiento de la naturaleza del discurso histórico, como hace H. White, porque la historia, según nos dice el historiador alemán:

«es capaz de introducir a sus lectores en el círculo de concepciones morales que definían sus horizontes sociales prácticos; de llevarlos a identificar este círculo como su propia conciencia y garantía de la integridad de su identidad; y de animarle a afirmar este círculo de concepciones morales como la realidad a la que sólo podían ofender poniendo en peligro su *humanidad*»<sup>36</sup>.

Droysen tuvo el mérito de criticar el «objetivismo» rankiano y su deformación en una serie de estudios meramente anticuarios. A cambio abrió camino, desde la historia, a la «interpretación» como principio hermenéutico. Reintrodujo el interés por el presente, y, en definitiva, por la modernidad misma, a través de una vía distinta de la que conducía al positivismo.

Pero hay algo más. Lo que tenemos ante nosotros, consideraba Droysen, no son los pasados, que ya no existen en ninguna parte, sino solamente lo que queda de ellos, cualquiera que sea su forma, que es lo único accesible a la percepción empírica. Es ese material histórico lo que el historiador alemán trata como la expresión de actos de voluntad que hemos de llegar a entender cuando ya su ser externo ha pasado y sólo pueden cobrar vida «como recuerdo y representación en nuestro espíritu»<sup>37</sup>. Entender (*verstehen*), en el caso de los actos humanos, significa algo completamente distinto de lo que llamamos explicar (*erklären*), que según Droysen es lo propio de las ciencias de la naturaleza. Mientras que éstas infieren las leyes que explican los fenómenos de una descripción que parte de la observación externa, el historiador puede comprender las manifestaciones de la voluntad humana, en su permanente devenir de nuevas formaciones individuales, del mismo modo que el oyente entiende al hablante: desde dentro mismo de nuestro ser. Ello es posible porque el pasado no sólo sigue existiendo en el presente, en forma de docu-

35. A. F. CHALMERS: *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, Siglo XXI, 1984 (2ª edición, revisada y ampliada), pp. 11-24.

36. H. WHITE: *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1992, pp. 103-121, la cita es de esta última página.

37. J. G. DROYSEN: *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Barcelona, Ed. Alfa, 1983, p. 8.

mentos y monumentos, sino también a través de ideas, instituciones y creencias heredadas y que constituyen nuestro yo actual. Gracias a este recuerdo actual podemos llegar a comprender los hechos históricos de un modo vivo.

La originalidad de la propuesta metodológica de Droysen no es sólo de tipo pragmático, como indica H. White. Asumía el método crítico de Ranke, ya practicado por los eruditos del siglo XVIII, y compartía la necesidad de fundamentar «empíricamente» la ciencia de la historia. Pero iba más lejos al considerar que:

«Toda nuestra ciencia se basa en el hecho de que nosotros no construimos los pasados a partir de los materiales existentes, sino que fundamentamos nuestras representaciones de ellos, las corregimos y las ampliamos mediante un procedimiento metódico»<sup>38</sup>.

Por ello establecía, como colofón, una separación radical entre dos tipos de razonamientos. La separación entre las ciencias naturales y las ciencias humanas, que la común referencia al empirismo parecía haber atenuado, cobraba una base metodológica que Rickert y los neokantianos consideraron incluso más importante que la diferencia de objeto de estudio. Con ello llegaron a establecer una dicotomía radical entre «ciencias nomotéticas» y «ciencias idiográficas» que acabó por contraponer la racionalidad del mundo de la naturaleza a la del espíritu.

En otra dirección muy diferente caminaban por entonces Marx y Engels. El materialismo histórico se presentaba como una crítica filosófica radical, no sólo a la modernidad, sino también a la forma «idealista» de pensar el mundo y su historia. Esta forma idealista, según Marx, era propia de la ideología de la nueva clase en el poder, la burguesía. La manera que el marxismo tenía de concebir la historia seguía siendo en cierto sentido filosófica. Mantenía la misma pretensión de racionalidad universal e idéntico interés por la reflexión sobre la actualidad. Pero la fundamentación materialista ponía énfasis en las leyes socio-económicas que determinaban el curso de la historia. Y su vertiente crítica afirmaba la necesidad histórica de los cambios sociales revolucionarios. El materialismo histórico quiso ser una ciencia social histórica, es decir, un intento de ir más allá de la historia filosófica, del historicismo y del positivismo científico. Pero el éxito y las contradicciones de su propuesta convendrá que las analicemos en otro lugar.

A fines del siglo XIX una nueva filosofía empezaba a desarrollarse a partir del historicismo. Esta filosofía de nuevo pensaba la historia desde el presente, a la manera de Croce, o engullía la historia en el psicologismo, como proponía Dilthey. El primero, con su distinción tajante y despectiva entre mera crónica (o historia muerta) y verdadera historia (o crónica viva), se apartaba por completo del cientifismo objetivista de Ranke. El segundo quiso fundamentar las llamadas «ciencias del espíritu» en ese instrumento nuevo del saber que se conectaba con la estructura psíquica y que era *la vivencia de comprensión*, el comprender, lo único capaz de dar cuenta de la libertad del individuo<sup>39</sup>.

La filosofía de la historia resurgía de nuevo en el marxismo y en el historicismo, y otra vez más se contraponía a la historia erudita. Pero no estamos, por supuesto, ante la misma «historia filosófica» del «descubrimiento de la modernidad» y de la razón universal, tal y como se había configurado a comienzos de la anterior centuria, ni tampoco ante

38. *Ibidem*, p. 28.

39. W. DILTHEY: *El mundo histórico*, México, F.C.E. 1978.

la vieja historia erudita, subordinada a la teología. La «historia científica» oscilaba a principios del siglo XX entre la erudición empírica y la tensión que le imponían las dos grandes concepciones de la ciencia como saber empírico que surgieron en el siglo XIX, el historicismo y el positivismo. Es bueno recordar que en ese largo trayecto hemos encontrado entrelazadas cuestiones muy diversas: cuestiones políticas y de método; descubrimientos críticos de la modernidad y legitimaciones de la realidad existente; proyectos para un futuro cosmopolita y nuevas entidades políticas en pugna, que creaban o reforzaban los nacionalismos a través de sus respectivas historias «científicas».

Desde entonces hasta nuestros días, la ciencia y la historia han pasado a ser concebida de un modo muy diferente. La ciencia ha empezado a ser estudiada como una forma de discurso que cambia históricamente. No creemos que exista un método racional invariablemente objetivo. De esta manera insospechada, la historia se ha metido en la propia piel de la ciencia. En justa correspondencia, el hundimiento del edificio clásico de la ciencia ha precipitado la crisis del concepto moderno de historia. Son dos manifestaciones más de la transformación radical que se está produciendo en el pensamiento contemporáneo.